



critura y ahorrar á los pobres niños el tiempo y esfuerzo intelectual que exige aprender esas reglillas, tiempo y esfuerzo que no calculamos bien lo que nos costaron cuando los gastamos. Este movimiento reformista es más vivo en Francia que en España.

4

mente con los músculos y manipulan las manos con la mente, pero conviene no olvidar que los que cultivan todos esos conocimientos que sirven de mero adorno y nos hacen *presentables en buena sociedad*, podrán no tener callos en las manos, pero en cambio tampoco los tienen en la inteligencia y si son incapaces de servirse de un martillo ó de un hacha, no son menos incapaces de usar su razón para comprender el hacha ó el martillo, el *hecho* más insignificante, el verdadero y santo hecho, el palpitante hecho de carne de la naturaleza y no el miserable engendro que como tal se les dá en letras de molde. Porque habrán estudiado historia y sabrán la lista de los reyes visigóticos y las batallas que ganó el Gran Capitán, pero no saben, con ciencia viva, que la historia la tenemos en torno nuestro, en nuestra aldea, en el hoy de que somos actores, y que toda ella es un largo aprendizaje y un martirio largo, una lucha secular entre el rico y el pobre, y mucho menos saben elevarse de espectáculo tan vigorizador como doloroso, al alto ideal de justicia, á la visión radiante de una sociedad en que no insulte el *caballero* al *hombre* dejándose crecer las uñas.

¡Cuánto más podría decirse acerca de todo esto! ¡Cuánto acerca de ese constante empeño que el *señor* ó *caballero* tiene de distinguirse del *hombre* (1) por el traje, por el gesto, por el lenguaje, por la ortografía.

Adoptar una ortografía sencilla y fácil, que haga imposibles las faltas ortográficas les parece á muchos, dénse ó no se den cuenta de ello, como adoptar un traje uniforme para todos. Si no nos distinguimos en el traje ¿qué será de nosotros? Si al que lleva levita se la quitan y le ponen blusa ¿dónde está el *caballero*?

Sigan haciendo de la instrucción librea para presentarse en sociedad elegante, sigan dejándose crecer las uñas, sigan produciéndose cual *cumplidos caballeros* en los clubs y demás tabernas de tono, sigan así y confíe el *hombre* en que algún día será esa librea, librea de loco ó de bandido, que les estorbarán las uñas largas, (las de las manos y las de la mente) para arañar el pan nuestro de cada día y aparecerán los *caballeros* como lo que son, como gentes que deben su título al caballo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

en la aptitud para el trabajo socialmente útil.

Si anduviéramos desnudos ¿quién sería más elegante, un gañan robusto y sano ó tanto implume hombre-macaco como hoy pasa por tal? Pues lo mismo sucedería si nos desnudaran el alma.

¡Cuánto tiempo perdido en aprender futilidades y hasta desatinos que no tienen otro objeto que hacer al hombre *presentable en sociedad*! ¡Qué años tan hermosos y qué energías tan frescas malgastadas en dar á los sentimientos y las ideas un barniz de *finura* para que no nos confundan con los pobres que gastan callos en las manos! ¡Qué martirio aquel á que se somete á

71

los pobres niños para que no sean *ordinarios* sin conseguir que lo sean extra-! ¡Qué feroz insistencia la de los padres y los maestros en torcer lo derecho y corroborar lo torcido de sus naturales instintos! Desde que, aún mamoncillo, se le está importunando para que no se sirva de la mano izquierda hasta que se vé obligado, á las veces contra su gusto, á aprender á bailar el rigodon ó á jugar al tresillo ¡qué via-crucis de estupideces! Y es lo peor que una vez que ha aprendido una cosa quiere soltarla venga ó no á pelo, quiere hacer uso de sus pendejos podridos, quiere embrozarse en andrajos deshilachados y que le abriguen. Tanto como se nos enseña nadie lo hace á que olvidemos, porque pocos meditan en que como el sonido sobre el

maldito si tiene cultivado el tuétano del alma. No lo tiene, porque, educado para parásito de la sociedad, desconoce el alma de esta y á donde se encamina; no lo tiene porque no han cuidado de sofocar en él el légamo repugnante de nuestras tradiciones de rapiña legalizada, porque no le han enseñado á sentir náuseas cuando se le presenta al espíritu el principio económico de nuestra sociedad, su rueda catalina: ganar lo que pierde otro.

Y el tal hombre *culto* y *bien educado* bachillerescamente tampoco tiene cultivado su entendimiento porque desconoce el alma de la ciencia é ignora sus más puros derroteros, porque no se orienta en ella ni sabe que el trabajo de las manos callosas es como el de las madrèporas y corales que en el fondo oscuro del mar labran el cimiento de islas que sirven de habitación al hombre en el oceano, mientras las olas empenachadas de espuma las destruyen con mucho ruido, como las manos callosas, por debajo de la historia, en que se oye á los pocos que meten bullan y no á los muchos que callan y sudan, levantan el verdadero asiento de nuestra civilización mientras sus parásitos solo sirven de estorbo cuando vivos, de tierra para hormigón cuando muertos.

Dios me libre de poner, el trabajo manual ni por encima ni por debajo del mental, es más, se que todo trabajo es corporal y espiritual á la vez, que discurre la

SIGUE EN **

Eco de Bilbao

núm. 13

domingo, 14 enero 1894

Sobre la división del trabajo

En el número 12 del Eco de Bilbao acaba de leer un suelto de doble fondo en que, bajo la firma de E., se contesta discretamente á un articulillo, titulado "Problema" que en el número anterior

*publicó el 11 del mismo tema
vario, publicó mi amigo
Exóristo. Este se encargará, si
es que se quiere con fuerzas
para ello, del planeamiento
y desarrollo de su "Proble-
ma". Por mi parte, parece que*

viviendo, como según mis noticias vive al parecer, en las nubes, no debía Exóristo concretar sus problemas sino tratarlos en una nebulosa indecisión, fuera de lugar y tiempo, porque si se empeña en llevarlos a casos concretos en los que es casi infinita la complicación de la realidad, se expone a salir descalabrado aun teniendo razón. Y es que no basta tenerla sino hacerla valer, pues una razón no hecha de valer es más un vislumbre ó presentimiento que otra cosa.

Conviene antes que meterse en ciertas cosas empaparse en la realidad al detalle y por menor, aunque cuidando siempre de que, como dicen en Alemania, los árboles no impidan ver el bosque, cosa que ocurre frecuentemente a los hombres cargados de datos y nociones empíricas.

Todo este proemio, tal vez impertinente, tira a motivar estos mis presentes artículos sugeridos en gran parte por el problema de Exóristo cuya solución dejo a los peritos, seguro de que si me metiera en ella, tal vez me libraría de la retórica literaria y la aritmética, pero no de la ideología.

Hechas estas advertencias, vámonos, lector paciente, por las nubes.

I.

Antes que Darwin diera sólida base a la doctrina del desenvolvimiento orgánico, había supuesto Baer y tras él Spencer el principio de la diferenciación, por el cual va naciendo de la unidad homogénea una interna diversificación y tras esta una integración de lo diferenciado. Este principio de todo desarrollo orgánico, es lo que en las sociedades humanas se llama ley de la división del trabajo, dispensándose de exponerla por ser de todos mis lectores conocida.

Es indudable que conforme se acentúa dentro de la tribu ó de la más primordial asociación humana la división del trabajo, más se necesitan sus miembros los unos a los otros. El que cultiva la tierra ó caza, necesita al que le fabrica los útiles de labranza ó cacería, al que le teje y confecciona los trajes y estos a aquel. Por el contrario, cuanto menos avanzado está el hombre en su educación social, tanto más apto es para valerse por sí mismo y sin ayuda ajena en todas sus escasas necesidades cuando se halle aislado. Si suponemos a un hábil artífice de cualquier clase, sea un relojero de nuestras ciudades europeas, en medio de las selvas americanas contaría con menos recursos que el indio que sabe cazar su alimento, fabricar sus armas, confeccionarse su traje, construirse su morada, etc., en la selva le sería inferior, verdaderamente inferior. El salvaje es Robinsón de nacimiento y cuenta en el desierto con más recursos que el civilizado.

De lo cual han concluido algunos, y a otros les ha faltado poco para hacerlo, que el salvaje es más perfecto que el civilizado, que está muy por encima de un diestro re-

lojero europeo cualquier indio que se maneja con toda desenvoltura en medio de la selva. Claro está, en su medio! La cuestión es la perfección del medio. Es decir, que se ha pronunciado la imperfección del primero por su mayor dependencia a un organismo superior, por ser menos *independiente al parecer*, sin tener en cuenta cuanto más intensa, rica y hondamente más libre es su vida, cuánto más protegido está de los rigores de la Naturaleza, cuánto más *independiente* es en realidad. Aquí se reproduce aquella famosa cuestión de si vale más ser hombre desgraciado que cerdo satisfecho, a la que contesta nuestra conciencia poniéndonos como preferible la desgracia humana a la satisfacción cerduna y la dependencia del hombre civilizado a la independencia del salvaje.

Medite y reflexione el lector acerca de este punto y no lo pierda de vista, porque hemos de llegar a ver cómo muchos que sin dudar ponen la *dependencia* social, flor del progreso, muy por encima de la pobre y raquítica independencia del salvaje, cuando se trata de individuos humanos, estos mismos discurren muy de otro modo cuando se trata no ya de tales individuos sino de sociedades, estados ó naciones, y aspiran a que éstas gocen de una independencia pobre y engañosa, más bien que de una rica y fecunda dependencia. Efectos del egoísmo.

Cierto es que un relojero parisiense no sabrá hacerse un traje, ni buscar y preparar la carne que come, ni arreglar las armas para cazarla como un salvaje cualquiera, pero en el relojero europeo se refleja toda la mayor riqueza íntima de la sociedad a que pertenece y a pesar de la mayor especialización de su trabajo, goza de una vida inmensamente más diversificada, a la vez que se viste y come en general mejor que el salvaje, y si no sucede siempre esto no es debido al estado de civilización, sino al monopolio que sobre este ejercen algunos privilegiados,

Se ha dicho en vista de males que la división del trabajo trae consigo, que si bien es cierto que este se facilita dedicándose un hombre a no hacer más que cabezas de alfiler, en cambio la suya se convierte con el tiempo en una de tantas. Pero este mal es efecto de que un elemento de progreso, cual es la división del trabajo, obra en una época de transición del antiguo estado de privilegio y esclavitud, que aún subsiste y es el dominante a un futuro estado de igualdad y libertad. El obrero que hoy hace parte de una labor colectiva vende su trabajo, no el producto de este; no sabe muchas veces qué lugar ocupa su obra en el resultado colectivo y total, ni le importa saberlo, ni sule saber amenudo para qué podrá servir lo que le encargan, como el caballo de noria que saca agua del pozo sin tener idea del uso a que el amo la destina. Esto y no otra cosa es lo que hace una cabeza de alfiler de la suya, empequeñeciéndole su espíritu. Es uno de los más desastrosos efectos de la actual organización del trabajo, el que trabajen muchos sin tener noción más ó menos clara de la verdadera utilidad social de su labor, cuando no clarísimo concepto de su inutilidad perfecta. Si el que hace cabezas de alfiler fuera verdadero dueño de las alfileres que fabrica en compañía de otros y tuviera por





(SIGUE 492)

lo tanto que ocuparse de la mayor perfección del producto colectivo, pondría en su sencillo y monótono quehacer un alma, una vida, y... un cariño inteligente que hoy no pone.

Dejándome de digresiones vuelvo al tema principal, la división del trabajo en el seno de una sociedad humana. Este principio de progreso hace á los miembros de una tribu ó asociación cada vez más dependientes unos de otros, y todos ellos de la sociedad á que pertenecen; hace que cada vez se necesiten más mutuamente, que vayan moldeándose como seres sociales, haciéndose cada día más *incompletos* como salvajes, adquiriendo gradualmente la verdadera, la honda, la íntima libertad, la que nos desliga de la barbárie mediante una gradual sumisión al fin social colectivo.

En la tribu cuyos miembros se necesitan mutuamente, pero en que ella misma, como sociedad imperfecta, se basta para subsistir sin el concurso de otras con las que vive en perpetua guerra, la conciencia moral ha llegado á un grado en que se considera crimen y se castiga el matar á un compañero de tribu, pero el hacerlo con el miembro de otra tribu extraña ó es acción indiferente ó meritoria, como es meritoria la guerra y dignas de loa las matanzas en esta cometidas. Todo derecho y deber, todo sentimiento moral se limita al círculo de la tribu. La necesidad que tienen unos de otros los miembros de la misma tribu para poder ellos subsistir como tales y que subsista la tribu misma, á que deben su fuerza y su amparo ante el enemigo común, esta necesidad crea una moralidad interna y un derecho correspondiente, engendra la ley y la autoridad común al paso que el poder prescindir de los miembros de otra tribu excluye una comunidad de base económica que dé origen á sentimientos morales y mútuos.

Sería muy largo el ir explicando suficientemente cómo á medida que las tribus se perfeccionan internamente van necesitando de las demás, se confederan y establecen pactos y ligas unas con otras, y empieza á cumplirse en el conjunto de tribus la misma ley de división del trabajo que se cumple en los individuos dentro de aquellas. De aquí que, sin dejar de bastarse para subsistir, empiece á haber unas tribus agrícolas, otras cazadoras, nómadas y comerciantes otras.

La ley de la división del trabajo aplicada á las naciones y estados es combatida y estorbada de hecho por el interés egoísta de los explotadores y los patrioteros ó los engañados que les corean, de buena fé no pocas veces, y es raro que se reconozca que una de las causas, acaso la más honda, del malestar económico social, se debe á ese funesto espíritu de salvaje y engañoso patriotismo, que se empeña en que cada nación se baste para vivir, cace su carne, siegue su trigo, fabrique sus arados y teja sus trajes (y su mortaja) se haga *independiente* al modo del salvaje en la selva.

Los que pregonan tales principios toman en boca no pocas veces el bien del pueblo, y con la mentira de que si no se siguen sus preceptos le faltará pan (como si faltara tierra de qué sacarlo), levantando un amasijo de sofismas hacen del principio de nacionalidad tortura del pobre y gran-

72

SIGUE (1-47)

1-98

(1-99) (cont)

jería del rico, de la patria verdugo de aquél, y aún se empeñan en sostener desatino tan garrafal como que el socialismo, ideal esencialmente cosmopolita, no es más que lo que ellos llaman proteccionismo muy extendido.

Dejemos el indicar puntos de reflexión acerca de la división del trabajo en las naciones para otro artículo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Eco de Bilbao

núm 16

domingo, 23 enero 1894

~~152-152~~

1-98

1-98

SOBRE LOS BAILES INFANTILES

Es muy de lamentar que la Sociedad «El Sitio» prepare para los Carnavales bailes infantiles, porque la verdadera cultura y la higiene, á la vez que los intereses morales y de la educación, exigen desaparezca semejante diversión... para los padres.

Respecto á la higiene, baste decir que hace pocos años murieron en Madrid unos infelices niños de pulmonías cogidas al salir de uno de esos bailes, pagando así caro sus padres el haberse divertido con ellos. Que los niños están mejor á esa hora en la cama que en una atmósfera sofocante y nada pura, es cosa que no cabe dudar. Pero no es este el aspecto más grave de la cosa.

Todos los amantes de la niñez y que han pensado un poco en los problemas delicados de la educación humana, están contextes en señalar como una de las causas que gastan antes de tiempo el carácter y secan la fuente fresca de los más puros placeres del hombre, el proporcionarle á cierta edad los que no le son apropiados. Mas al explicar este tema correríamos el riesgo de meternos en disquisiciones sobre fatigosas al lector, acaso de poca fuerza convincente para él.

Los bailes de niños fomentan en ellos toda clase de malos sentimientos sin cultivar ni uno solo bueno y lo que es peor, *sin proporcionarles verdadero placer*, porque en realidad se deben aburrir en ellos. Se les estimula la nécia vanidad de pagarse de un traje, de cintajos y perifollos, el pavonearse por estar *majos*, se les excita envidiejas, celillos y una tonta presunción, se les imbuye una compostura y continencia impropias de su edad, y sobre todo se pone á su imaginación tierna y curiosa en la pista de relaciones y circunstancias que debieran estar para ellos relegadas á la inconocible. Cierto es que nada de esto debe extrañar cuando vemos padres tan... (vale más comerse la palabra) que enseñan á sus hijos gracias estúpidas, y las celebran.

Como todo esto está en la conciencia de toda persona de seso, no es cosa de insistir en ello. Seguramente se reirán no pocos llamando á las indicaciones que preceden escrúpulos de monja y creyéndolas exage-

DE SALAMANCA

GREDOS USALES